

LA CONFUSIÓN DEL DIOS CRISTIANO: VIDAS EJEMPLARES DE PADRES APÓSTATAS EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

María José Vega

Profesora Titular de Filología Española. Universidad Bellaterra. Barcelona

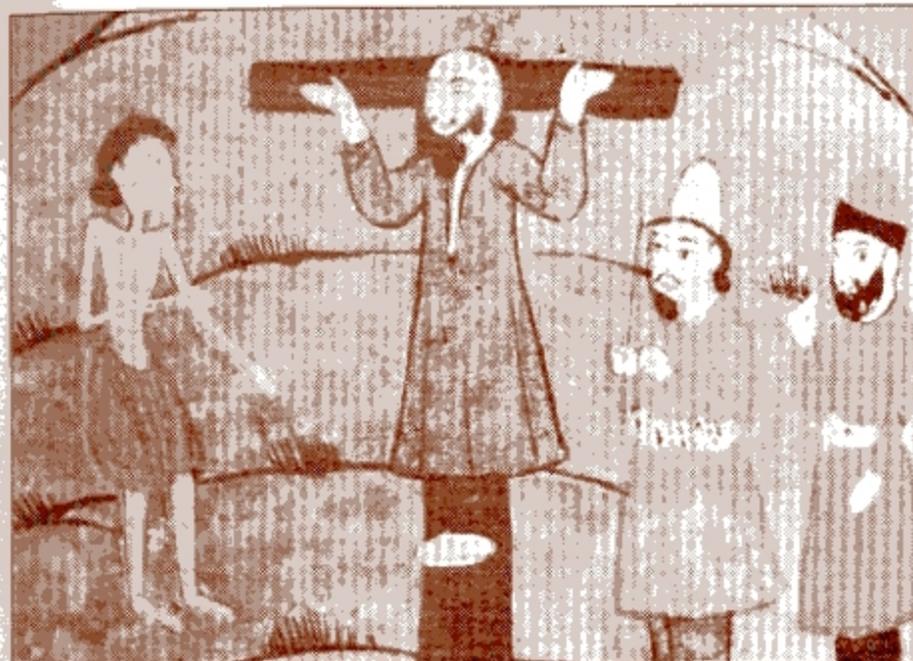
Si hay en la Europa moderna biografías que merezcan llamarse ejemplares son quizá las de las vidas escindidas entre varias lealtades religiosas, ya sean simultáneas o sucesivas, abiertas u ocultas. Son tal vez doblemente ejemplares si unen la experiencia del desarraigo y la aculturación. Ahora bien, los textos que narran esas vidas son, a su vez, artefactos complejos que no se limitan a referirse al mundo, sino que lo construyen o intervienen en él, y acusan, por tanto, las tensiones de su propia servidumbre religiosa y política. Supóngase, por otra parte, que la verdad es un efecto textual, y que, aunque conocemos las vidas que nos han sido contadas, el hecho mismo de contarlas las traduce a la compleja sintaxis de la narración, que no sólo las hace inteligibles, o las presenta como si lo fueran, sino que les confiere el orden, la unidad y la progresión de la escritura. Estas páginas tratan de las vidas de dos apóstatas ejemplares, o, más particularmente aún, de los textos que dejan entrever dos vidas escindidas e inversas que se cruzan definitivamente el 18 de octubre de 1633. La primera es la vida de Julián Nakawa, del que habla un texto latino y falsamente biográfico publicado por los jesuitas en Macao en 1590. La segunda es la vida aún más ejemplar del padre Cristóbal Ferreira, que fue varias veces converso, que se inscribió en un templo budista con el nombre de Sawano Chuan o Casa de la Fidelidad y que escribió una sucinta demostración de la falsedad e impostura del cristianismo. Ambas vidas están ordenadas alrededor de la experiencia compleja de la aculturación y del cambio de fe: son historias de la historia de la identidad.



PRIMER FRAGMENTO: EL VIAJE TRIUNFAL DE JULIÁN NAKAWA

En 1582, cuatro jóvenes japoneses emprendieron un largo viaje hacia Europa. Se llamaban Mancio Ito, Miguel Chijiwa, Martín Hara y Julián Nakawa. Eran cristianos y no habían cumplido aún los veinte años. Sabían portugués, castellano, italiano y latín y habían sido educados por los jesuitas

para asombrar al mundo. Una obra latina que se publicó en las prensas de Macao en 1590, el *De missione legatorum*, se presenta a los lectores como una especie de diario de viaje de los cuatro adolescentes o como una suerte de autobiografía cuádruple que estuviera organizada mediante una sucesión de coloquios en los que comentan sus impresiones de Europa. El largo viaje de los cuatro legados



era un meditado gesto político; el texto que narra el viaje lo prolonga y magnifica: constituye indirectamente la versión triunfal del proceso de aculturación de la juventud japonesa, enseña Asia a los europeos y Europa a los asiáticos y, entre otras muchas cosas, celebra los éxitos de los asentamientos jesuitas que había emprendido Francisco Javier unas décadas antes. La mano que escribió el *De missione* debía ser, sin duda, la de un jesuita, que encontró el hilo conductor del relato en una suma de las convenciones del diálogo, del libro de viajes y de la autobiografía.

El *De missione legatorum*, como falso diario, falsa autobiografía y falso coloquio, no presenta la visión japonesa de Europa, sino la visión que los europeos quieren, o querían, tener de

sí mismos. Cuenta un itinerario de ida y vuelta entre las dos fuentes simbólicas de la doctrina, Coimbra y Roma, pasando por Evora, Toledo, El Escorial, Pradolino o Venecia, por los centros políticos y religiosos, por las ciudades más hermosas y por las mejores muestras de la civilización católica y europea: es también una sucesión de agasajos y de recepciones triunfales con autoridades civiles y gran muchedumbre de curiosos. En Coimbra, por ejemplo, se honró a los huéspedes con representaciones sacras y alegóricas de gran aparato escénico: en una de ellas el ángel guardián de Europa y el de Asia comentaban el viaje de los nuncios; otra recogía los coloquios asombrados de los estudiantes portugueses sobre la delegación japonesa; en una tercera aparecían Asia,

lamentando la lejanía de los muchachos, Océano, que le aseguraba la feliz culminación de la travesía, y Europa, que llamaba a tres de sus hijas, Lusitania, Castilla e Italia, para que confirmaran el bienestar de los jóvenes. La exaltación ideológica de la cristiandad no cesa en todo el viaje. El *De missione* es así, en lo fundamental, una visión idílica de ciudades hechas a la medida de la razón del hombre y de justas proporciones místicas y celestes, con jardines bellísimos y fuentes animadas por prodigiosas máquinas hidráulicas. La presentación de la vida rural parece responder a las convenciones de los libros de pastores o de la Edad de Oro; la de la vida urbana no es menos idílica, porque presenta la armonía de una sociedad laboriosa y despliega todas las virtudes que la teoría políptica quinientista concedía a las ciudades ideales y a sus ficciones utópicas.

Nada hay que empañe o enturbie esta visión. No hay disensiones políticas ni religiosas, no hay presos o delincuentes, enfermos o mendigos, salvo cuando están reparados por la caridad de las órdenes o regenerados por la conversión. Las tensiones que desgarran Europa han sido cuidadosamente suprimidas del viaje triunfal: no hay luteranos, moriscos, anabaptistas, judíos ni disensión religiosa dentro de las óptimas repúblicas. Los europeos viven en edificios ricamente labrados y de justas proporciones, decorados con peristilos y pórticos, engalanados con tapices, con maderas nobles, con incrustaciones de oro y marfil; visten telas suavísimas bordadas con piedras preciosas y llevan brazaletes, broches y plumas; comen

viandas fastuosas en servicios de plata; se ejercitan en la caza y se recrean con instrumentos músicos en fiestas y danzas. No hay guerras intestinas ni miseria, sino paz perpetua, felicidad y fe acendrada. Se narran, ciertamente, batallas cruentas, pero siempre contra un enemigo exterior -el Turco- y siempre victoriosas. Así, por ejemplo, el decimocuarto coloquio entre Mancio, Miguel, Martín, y Julián, que trata sobre los enfrentamientos en el mar (*De navalis certaminibus*), exalta la unidad de los príncipes cristianos bajo las banderas de Jesucristo y la gloria extremada de la victoria de Lepanto.

La estrategia del libro de viajes, diario y autobiografía de los cuatro cristianos japoneses es políticamente compleja. Por una parte, los jesuitas habían exhibido ante los europeos el producto de su intervención religiosa y educativa: Mancio, Miguel, Martín y Julián son, en el texto, ejemplo y paradigma de la eficacia misional y de la pericia pedagógica. Por otra, la exhibición parece tener un doble sentido: los cuatro jóvenes, que llegaron a occidente cargados de objetos exóticos, marcharon con regalos para las autoridades japonesas. Puede entenderse que uno de ellos es el texto mismo del *De missione* y la relación de las cosas de la cristiandad europea. De este modo, el prestigio de la Europa del *De missione* traslada su prestigio a los jesuitas europeos en Japón. De hecho, los legados encontraron que, a su regreso, había tomado el poder Toyotomi Hideyoshi, cuya hostilidad a la presencia de los cristianos hacia aún más necesaria la legitimación de la presencia de los bárbaros. No debe olvidarse, sin embargo, que el *De mis-*

sione legatorum es un texto latino y que, por tanto, presume un público europeo o europeizado: no es descabellado suponer que fuera también concebido como libro de lectura para los jóvenes estudiantes nipones convertidos al cristianismo.

SEGUNDO FRAGMENTO: KENGIROKU O LA REVELACIÓN DE LA IMPOSTURA

Cristóbal Ferreira era natural del pueblecito de Zivreira, cerca de Lisboa. Entró en la Compañía de Jesús a los dieciséis años, el día de Navidad de 1596, en Coimbra, cuando todavía estaba vivo el recuerdo del viaje de los cuatro nuncios japoneses y en 1597 ingresó en el noviciado que acababa de fundarse en Lisboa. No es infrecuente encontrar Ferreiras entre los cristianos nuevos portugueses, especialmente en las comunidades de Burdeos y las Antillas. No obstante, hasta finales del siglo XVI, la Compañía de Jesús había sido notablemente tolerante con los cristianos que procedían de familias conversas. En 1603, Ferreira estaba en Macao; en 1609, ya ordenado, llegó a Nagasaki y acudió al seminario de Arima para aprender japonés. Durante tres décadas, llevó una vida intachable: fue consejero del Provincial, presenció matanzas de jesuitas y testimonió en causas de batificación, ejerció el sacerdocio en la clandestinidad, y, a partir de 1614, cuando comienza la persecución de los cristianos, también con notable riesgo personal. El mismo fue capturado el 24 de septiembre de 1633 y el 18 de octubre siguiente fue sometido al suplicio de la fosa.

◆◆ La apostasía del Padre Ferreira, causó conmoción en la compañía



El mecanismo de la fosa es extraordinariamente simple. Consiste en atar apretadamente al supliciado y colgarlo cabeza abajo en un agujero lleno de excrementos. Tanto las ataduras como las incisiones que deben practicarse en las sienas evitan que muera por una congestión o una hemorragia cerebral: el dolor se prolonga así extraordinariamente, y la única salvación de la víctima es mover la mano y apostatar. El padre Cristóbal Ferreira aguantó cinco horas antes de abjurar del cristianismo.

La apostasía del padre Ferreira causó conmoción en la compañía. Los jesuitas hicieron lo imposible por establecer contacto con él: enviaron emisarios, interrogaron a mercaderes y, varios años después, difundieron que Ferreira había muerto mártir tras abjurar de sus errores. De hecho, Ferreira podría haber vuelto con facilidad: la discusión teológica había previsto muchos matices de la apostasía y los jesuitas aplicaban, en los confines del mundo, el principio básico de que toda ley ha de interpretarse benévola-mente cuando los hechos ocurren en circunstancias excepcionales, no previstas por el legislador. Los más célebres casuistas argüían que son muy

pocas las circunstancias que requieren que un hombre afronte la muerte. Ferreira, sin embargo, no volvió: afirmó haberse convertido al budismo y abandonó el nombre de Cristóbal, *el que lleva a Cristo*, por el de Sawano Chuan, *Casa de la Fidelidad*.

La conmoción mayor para la Compañía se produjo, no obstante, tres años más tarde, cuando Chuan escribe un breve manual destinado a los inquisidores japoneses titulado *Kengiroku o la revelación de la impostura*, en el que enseña a interrogar y confundir a los cristianos con sus propias armas doctrinales, a reducir la teología cristiana a contradicción y a demostrar las falacias del catolicismo. El padre Ferreira no es el primer apóstata que confuta el cristianismo: pocos años antes había abjurado el jesuita japonés Fabián Fukan, que había realizado la doble proeza de confutar por escrito, y con indudable finura teológica, todas las religiones que, sucesivamente, había profesado. Como cristiano escribió un diálogo destinado a demostrar la bondad y la verdad del cristianismo y a revelar las abominaciones del budismo, el confucianismo y el sintoísmo; como apóstata y -de nuevo- budista redactó la *Confusión del Dios Cristiano*. El padre Fukan tenía profundos conocimientos teológicos de las religiones asiáticas que alternativamente confuta o defiende. El padre Ferreira, en cambio, no escribe tanto para demostrar la falsedad del cristianismo frente a las que en Europa llamaban las *sectas japónicas* como, sobre todo, para confundir a los sospechosos de profesarlo y demostrar los peligros de esa fe para la armonía de las repúblicas y la seguridad de la vi-

da civil. Quizá por ello el plan general del libro es extremadamente simple y sigue las líneas básicas de un catecismo: señala en primer lugar los principios del dogma, enumera los diez mandamientos, comenta episodios de la vida de Jesús y recorre los principales sacramentos. En todos los casos, revela la contradicción o las insidias de la doctrina. De la vida de Jesús, cuenta el nacimiento inverosímil y la visita de los magos, la masacre de los inocentes y la huida a Egipto, las aclamaciones del domingo de Ramos seguidas del prendimiento, la crucifixión, la resurrección y la ascensión al cielo. De los sacramentos -que administró durante tantos años en la clandestinidad- señala el absurdo del pecado original y de su desaparición con el bautismo así como el de la

transformación del pan y el vino en carne y sangre; denuncia la práctica de la confesión como forma de control de las conciencias; enumera las paradojas de que una sustancia material -el agua- pueda lavar una espiritual -el alma- o de que una frase -*ego te absolvo*- pueda eliminar los pecados de un hombre.

Sobre todas las cosas, Ferreira - Chuan contesta la doctrina de la gracia, lamenta la arbitrariedad de Dios ante los escogidos y los réprobos y critica la actitud de la Iglesia ante los bienes terrenales. Informa a los inquisidores de que la Iglesia de Roma cobra por las plegarias a los muertos, de que vende indulgencias o de que se apropia de los bienes de los que profesan: en Europa, según cuenta, puede comprarse o revenderse la excomu-



nión no ya de un hombre, sino de una ciudad o de toda una provincia. Si el rey de España debe conquistar por las armas las tierras de su imperio, al Papa le bastan sus representantes para vaciar las arcas de los estados, y ante él se prosternan los emperadores y reyes. Amén de todo ello, el papado establece leyes, se arroga la representación de Jesucristo y su poder no conoce fronteras de naciones e imperios. Ferreira instruye particularmente a los inquisidores japoneses sobre el tratado de Tordesillas, por el que el Papa, como representante de la divinidad, ha dividido la inmensidad del mundo entre Castilla y Portugal. Si las solas armas de la razón bastan para demoler el cristianismo, más aún puede la desmesura de la ambición de sus representantes.

Ferreira-Chúan revela las fracturas que el redactor del *De missione* omite. Las especulaciones sobre la cuestión de la gracia y el libre o siervo arbitrio, capaz de confundir a los mejores ingenios, son, en realidad, erasmistas y, mejor aún, luteranas, al igual que lo son la crítica de la curia y la reprobación del comercio con las cosas sagradas. Es evidente que Ferreira-Chuan, frente al padre Fabian Fukan, que confuta el cristianismo desde el exterior -desde otras y 'mejores' religiones-, contesta a los cristianos con argucias de cristiano y refuta el catolicismo con las armas que su propia educación católica le ha proporcionado. Quizá por ello -esto es, porque ha previsto las respuestas y las respuestas de las respuestas- su argumentación es más temible.

No puede saberse -ni es relevante saberlo- cuántas veces Ferreira-Chuan

o Casa de la Fidelidad abjuró o profesó verdaderamente una fe. Interesa más notar que un portugués de familia conversa, primero jesuita, luego apóstata y más tarde budista, instruye a las autoridades japonesas, con armas luteranas o erasmistas, en el noble arte de confundir los cristianos. Julián Nakawa profesó el cristianismo y fue mostrado al mundo como ejemplo. Fukan abjuró dos veces. Ferreira deja ver un recorrido más complejo en el que el cristianismo es una etapa desde la familia conversa, examinada de cristianismo, hasta la inquisición japonesa, examinadora de lo mismo. La perfección de la fábula, que parece cerrarse sobre sí misma, invita a encontrar una especie de justicia poética en el inquiridor inquirido, o a fantasear sobre la posibilidad de que la obra de Chuan sea una secreta y gozosa venganza para una secreta ofensa: ambas tentaciones son literarias, porque conceden unidad narrativa, progresión e inteligibilidad a una historia, o, si se prefiere, la convierten en un buen argumento. No es menos literario, sin embargo, que Cristóbal Ferreira escoja llamarse Casa de la Fidelidad.



El mecanismo de la fosa es muy simple, consiste en atar al supliciado y colgarlo cabeza abajo en un agujero lleno de excrementos.



BREVE FINAL: DIECIOCHO DE OCTUBRE DE 1633

Julián Nakawa murió mártir de la fe católica el 18 de octubre de 1633. Ese mismo día apostató el padre Ferreira tras cinco horas de fosa. Ferreira había sabido, sin duda, de Julián o de su paso por Lisboa y Coimbra más de cuarenta años antes. Es ilícito imaginar que ambos pudieran encontrarse, con las lealtades definitivamente cambiadas, ese 18 de octubre, cerrando así dos historias verdaderas con una coincidencia inverosímil. Sabemos muy poco de Julián Nakawa y de Cristóbal Ferreira. El Julián del *De missione* -el construido por el jesuita que redactó el texto- es el personaje coral de un argumento con buen fin, y es también, como tal, un arma política y un paradigma de las bondades de la fe: desde este punto de vista, no es menos alegórico que el Océano que consuela a Asia en la representación teatral que presenció el verdadero Julián Nakawa en el colegio de Coimbra. Sobre Cristóbal Ferreira su propia orden mantuvo discursos contradictorios y los textos que escribió él mismo no descienden a relatar su intimidad: su biografía intelectual se vislumbra, sobre todo, en las formas de interrogar la fe y en las astucias erasmistas y luteranas de la confutación. No es infrecuente que la escasa ejemplaridad moral de la vida de los apóstatas se resuelva en su supresión de hecho: la difusión de una biografía alternativa que contiene la historia del arrepentimiento y martirio de Ferreira es una forma de silenciar el escándalo de la escisión religiosa y del cambio de fe.